

La cueva de Santimamiñe y sus pinturas rupestres

POR JUAN SAN MARTIN

En PYRENAICA de 1957, N.º 3, página 103, al describir el itinerario del monte *Ereñozar*, tocaba de soslayo a las cuevas de Basondo e invitaba a los excursionistas a que visitasen de paso la cueva de Santimamiñe. Hoy, de nuevo quiero insinuar sobre los que gusten de la naturaleza y las artes.

Seguro de que sabrán agradecerme cuantos se decidan a conocer, en breves líneas trataré de hacer una descripción general. Por los medios de comunicación y por la proximidad en que se halla, se hace visitable. Es más, hoy, llega una carretera hasta su misma boca. Pero a los que gusten del montañismo, les recomiendo que aprovechen de paso en ascender a la cumbre del monte *Ereñozar*, digno de visitar por el panorama que se divisa desde su cumbre. Su itinerario encontrarán en el aludido número de la revista PYRENAICA.

A cuatro kilómetros de Guernica se sitúa el pueblecito de Cortézubi, que adosado a su iglesia conserva un antiguo cementerio cubierto, que con las imágenes expresionistas de su atrio viene a formar un conjunto tétrico, que me recuerda a algunos aguafuertes de Ricardo Baroja. En término de este pintoresco pueblo vizcaíno, en los contrafuertes de la vertiente meridional del monte *Ereñozar*, ubican las cuevas de Basondo.

Entre dicho pueblo y el de Gauteguiz de Arteaga, que ostenta su esbelto castillo, hay un ramal de carretera que, pasando junto al Balneario, llega hasta el caserío de *Lezika*, donde radica la ermita de Santimamiñe (San Mamés), muy cerca de la boca de la renombrada cueva.

De las cuevas de Basondo, la única que merece la pena de ser visitada es la de Santimamiñe, por la variedad y abundancia de concreciones estalagmíticas, que la convierten en una maravilla subterránea. Pero hay algo más importante. A estas bellezas naturales hemos de añadirle las primeras manifestaciones de la belleza expresiva del sentimiento humano. Las pinturas rupestres del periodo *Magdaleniense*. La más arcaica representación del Arte.

Don Félix Bengoechea, del caserío *Lezika*, es el encargado de la gruta y a él tendremos que recurrir a que nos la muestre. Generalmente acompaña su hijo que es un experto cicerone instruido por Barandiarán.

PYRENAICA

El Magdaleniense pertenece al tercer período del paleolítico superior, y su edad se calcula, aproximadamente, desde hace 12.000 años hasta unos 30.000. Este período se caracteriza ante todo por una cultura que se extiende a toda la Europa occidental y central, siendo la zona circumpirenaica su foco más importante. Las estaciones magdalenienses del país vasco representan casi todas las modalidades culturales de la época y Santimamiñe es sin duda la más importante. Otra de las caracterizaciones de este período

*Don José Miguel de Barandiarán contemplando las pinturas de Santimamiñe.
(Foto San Martín)*



do son las extinciones del Mamut y el *Ursus spelaeus* (primitivo oso de las cavernas), cuyas osamentas abundan en nuestro país.

En la vida del hombre la caza y pesca aún constituían la base principal de su sustento. Entre las culturas paleolíticas la Magdaleniense es la más interesante. Además de la calidad de la industria pétreo, se perfecciona extraordinariamente la del hueso, sobre todo en arpones y puntas de flecha. Los grabados y las pinturas, que comenzaron en períodos anteriores, tienen su apogeo en éste. Abundaba el caballo, ciervo, bisonte, jabalí, oso pardo, etc., que encontramos en sus pinturas.

En este período el hombre hizo un notable avance. Por ejemplo, en las artes, habían de transcurrir muchos siglos para volver a la altura de sus pinturas. Además de esto, Barandiarán dice que la identidad de estilo en la técnica, armas, instrumentos y otros utensilios, y la unidad de costumbres y de preocupaciones artísticas en extensas zonas geográficas —desde la Dordoña hasta Asturias, por ejemplo— pueden explicarse por la similitud del género de vida y del ambiente físico, denotando relaciones sociales amplias y de larga duración.

Las pinturas de Santimamiñe fueron descubiertas en 1916, y las primeras excavaciones empezaron en 1918, a cargo de Aranzadi, Barandiarán y Eguren. Los niveles excavados comprenden hasta principios del paleolítico medio.

Actualmente la cueva está iluminada con luz eléctrica hasta más allá de la galería de las pinturas. Sirve de acceso un camino empedrado, aprovechando una trinchera abierta en las excavaciones. Las pinturas se sitúan a unos 70 metros de la entrada. Corresponden a: toro, jabalí, oso, ciervo, cabras, caballos y bisontes; sobre todo los bisontes, que se encuentran hasta un número de diecisiete. Son menores que las de Altamira (Santander); tampoco son policromadas como aquellas; pero, sin embargo, (sin quitar valor a las santanderinas que en su género se las considera como las mejores del mundo), a pesar de ser del mismo período, son más antiguas. A las de Altamira se les calcula 14.000 años y a éstas de 18.000 a 20.000.

Algunas son grabadas. El trazo de los dibujos, aunque parezca inconcebible, es perfecto y hasta se puede observar la estilización de las figuras, sobre todo en las patas de los animales representados, y en ellas muy particularmente las pezuñas están logradas extraordinariamente. Luego podemos deducir un desarrollo de sentido expresivo en las artes en aquellas lejanas edades. Resulta verdaderamente sorprendente encontrar esa perfección estética en épocas tan distantes de la nuestra, teniendo en cuenta que los trogloditas dibujaban sin muestra, valiéndose solamente de su capacidad retentiva. Sólo ello es motivo bien justificado para una visita a la cueva.

Las inmediaciones de la cueva dominan un magnífico panorama sobre el en muchos aspectos histórico valle de Guernica; que no me cansaré en repetir que es de los más pintorescos de Vizcaya, y aún del País Vasco.